

Ayer murió Salvador Allende (*)

Volodia Teitelboim. 12 septiembre 1973

3 páginas

En Chile hoy reinan la oscuridad y el toque de queda. Ayer por la mañana, cerca del mediodía, 11 de septiembre de 1973, Salvador Allende dentro del palacio presidencial en llamas vivía los instantes finales de su existencia. Lo afrontaba con increíble serenidad y autocontrol, a conciencia de que moriría dentro de poco. Su actitud era la de un luchador y de un líder que debía mantener su dignidad y sus ideales hasta el último minuto de vida. Tenía en su mano derecha un fusil; en la izquierda un micrófono: "Estas son mis últimas palabras " dijo.

No son las palabras de un hombre que cuando la muerte lo mira fijamente y le dice "ven" se resigna o se entrega a la desesperación. Enjuicia con claridad, denuncia con firmeza, condena, señala al pueblo el camino para cuando él ya no esté sino en su memoria.

Este improvisado testamento político oral, por su impresionante lucidez, parecería una página escrita en el recogimiento silencioso de una biblioteca. Pero las frases tienen una cortina entrecortada: la música de fondo del estallido de las bombas, el silbido de las balas. Allende continúa hablando:

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza. Podrán avasallar. Pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Esa fue su despedida. Dijo lo que tenía que decir. Así murió el Presidente. Así empezó la segunda vida de Salvador Allende. Esta no tendrá fin. En el recuerdo del pueblo, en nuevos capítulos de la historia su imagen cobra ya los contornos de una figura legendaria de la época contemporánea.

¿Quién fue?

¿Quién es, de dónde venía, qué quería, hacia dónde iba este hombre? Como alguien dijo, venía de lejos e iba muy lejos. Tenía ejemplos de decoro y coraje en la sangre. Su bisabuelo paterno fue guerrillero en la lucha por la independencia de Chile. A su abuelo Ramón, médico y senador como él, la prensa ultramonatana del siglo pasado lo apodaba "el Rojo Allende". En los días del socialismo utópico del siglo XIX estaba orgulloso que lo tildaran de comunista.

Salvador Allende hizo sus primeras armas políticas contra la dictadura militar en el año treinta. Lo mataron sus continuadores del setenta y tres. Cuando muchacho, escapando a un consejo de guerra, juró en los funerales de su padre dedicar su vida a la emancipación del pueblo, caminar hacia el socialismo. Durante cuarenta años así lo hizo. Cumplió su promesa hasta la hora de su

muerte. Podemos dar fe de su vida y de su obra. Porque, como a muchos chilenos de ese tiempo, nos tocó ser camaradas de lucha.

Su personalidad no surgió de repente. No nació perfecta, como Palas Atenea emergiendo de las aguas, tocada de un casco, esa diosa de la inteligencia que luego medita afirmada en una lanza. Allende murió en la Moneda con un casco en la cabeza y una metralleta en las manos. Pero se hizo lentamente, a través de un proceso. Se forjó como un hijo del movimiento de avanzada, al cual representó como su abanderado durante más de veinte años.

Me tocó acompañarlo en todas sus campañas presidenciales, las de mil novecientos cincuenta y dos, cincuenta y ocho, sesenta y cuatro y setenta. Recorriamos el país largo de pies a cabeza, pueblo por pueblo. En la Patagonia, en los sitios más remotos y de difícil acceso, en la región de las islas perdidas y encantadas, a orillas de los canales y en las riberas de los fiordos se congregaban los pobres. Una mujer le mostraba las manos enrojecidas: "Compañero, he remado dos días y dos noches para venir a verlo". Recibió mil pruebas como ésta. Cuando dijo en su discurso de adiós "pagaré con mi vida la lealtad del pueblo" sabía lo que decía. Recordaba todos los actos, todas las fidelidades del trabajador. El pueblo nunca traiciona y él jamás traicionaría. Son los enemigos del pueblo los que convierten la traición en una profesión, en una mala costumbre mercenaria.

Hicimos muchos viajes juntos en avión. En dos ocasiones, en pleno vuelo se nos abrió la puerta del pequeño cuadriluz. Salvador se mostró sereno. Era una de sus características. Se agrandaba ante el peligro. Se agigantaba en los momentos difíciles. Tenía la pasta de la cual se hacen los valientes.

Poseía una noción exacta de su papel en la sociedad chilena. En cierta oportunidad el aparato en que volábamos parecía perdido. Allende, tranquilo, me dijo: "Nosotros podemos terminar ahora, pero lo nuestro sigue. El pueblo no puede morir en un accidente de aviación". Él lo sabía. Pueden caer muchos combatientes en un accidente de la historia. Pero los pueblos no pueden morir.

A la espera del retrato definitivo

Unas palabras más. No es todavía la hora del balance en luz y sombra de Allende. Hay que esperar que pase el actual trastorno. Cualquier análisis a fondo de su significación sería tergiversado por aquellos que lo ultimaron.

Arriesguémonos, sin embargo, a adelantar que a nuestro juicio fue un valeroso hombre de transición. Quiso el cambio sin sangre. Como los emancipadores del siglo diecinueve amó tal vez la libertad más allá de sí misma, esa libertad que, invocándola, el enemigo transforma en su antítesis. Comprendió a su manera la mutación de la sociedad. Perteneció a dos épocas. Llevaba en sí su tiempo y quería alumbrar el futuro. Deseaba la paz dentro y fuera del país, no la paz conservadora, del estagnamiento, de la hibernación política, de la explotación económica, del subdesarrollo y la dependencia, sino como un trabajo permanente de transformación del hombre y la sociedad.

Fue un político y un hombre de acción, sobre todo. No obstante, esa clase de muerte que tuvo, prevista por él como posibilidad, representa una aventura de lo absoluto, la prueba suprema de su sinceridad. En dicho sentido hace historia y

pertenece al devenir. No quiso la violencia. Prefirió la discusión persuasiva, pero cayó con un arma en la mano. No fue hombre de lecturas enciclopédicas. Como Hegel, creía que la lectura del diario se ha convertido en la plegaria cotidiana del hombre moderno. Pero escuchaba a la gente. Le gustaban los mítines, la agitación de las campañas electorales. Creía en un breviario de socialismo y practicaba por naturaleza un método de contacto, el diálogo permanente. Profesaba, modernizados, los principios de la Revolución Francesa, en correspondencia con simpatías por las revoluciones del siglo XX.

Característico del hombre es proyectar. Allende proyectó nada menos que una nación acorde con el avance de los tiempos, partiendo de la negación, por consenso mayoritario, de todo lo que en Chile le parecía contrario a la realización de las personas. Creía en la fuerza de la relación humana.

Quiso extenderla también al Ejército. Fue el Presidente que más se preocupó del bienestar y la integración de las Fuerzas Armadas al desarrollo colectivo. Hubo no pocos leales, entre ellos Carlos Prats, que comprendieron sus propósitos de fundir patria y progreso social. Pero tal vez menospreció la fuerza negativa del "statu quo" interno y externo, la explosión inevitable y frenética de los propietarios tradicionales del país y del continente.

Con todo, Allende señaló un camino a la futura sociedad chilena donde gobernará aquel que crea la riqueza: el trabajo. El mismo, con todos los tributos que pagó a su tiempo, pertenece al porvenir. Ya es una leyenda. Una leyenda merecida, lo cual no hará más fácil al historiador de mañana el análisis necesario, en luz y sombra, de su personalidad.

(*) Mensaje difundido a través de las ondas de Radio Moscú, el 12 de Septiembre de 1973.
pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

